

Mar
5
Feb
2013

Evangelio del día

[Cuarta Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar](#)

Hoy celebramos: **Santa Águeda (5 de Febrero)**

“No temas. Basta que tengas fe”

Primera lectura

Primera lectura: Hebreos 12, 1 – 4

Hermanos:

Teniendo una nube tan ingente de testigos, corramos, con constancia, en la carrera que nos toca, renunciando a todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús, quien, en lugar del gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Recordad al que soportó tal oposición de los pecadores, y no os canséis ni perdáis el ánimo.

Todavía no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado.

Salmo de hoy

Salmo 21,26b-27.28.30.31-32 R/. Te alabarán, Señor, los que te buscan.

Cumpliré mis votos delante de sus fieles.
Los desvalidos comerán hasta saciarse,
alabarán al Señor los que lo buscan:
¡Viva su corazón por siempre! R/.

Lo recordarán y volverán al Señor
hasta de los confines del orbe;
en su presencia se postrarán
las familias de los pueblos.
Ante él se postrarán las cenizas de la tumba,
ante él se inclinarán los que bajan al polvo. R/.

Me hará vivir para él, mi descendencia le servirá,
hablarán del Señor a la generación futura,
contarán su justicia al pueblo que ha de nacer:
«Todo lo que hizo el Señor». R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 5, 21-43

En aquel tiempo, Jesús atravesó de nuevo en barca a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor y se quedó junto al mar. Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y, al verlo, se echó a sus pies, rogándole con insistencia: «Mi niña está en las últimas; ven, impón las manos sobre ella, para que se cure y viva».

Se fue con él y lo seguía mucha gente que lo apretujaba.

Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. Había sufrido mucho a manos de los médicos y se había gastado en eso toda su fortuna; pero, en vez de mejorar, se había puesto peor. Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, pensando: «Con solo tocarle el manto curaré».

Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y notó que su cuerpo estaba curado. Jesús, notando que había salido fuerza de él, se volvió enseguida, en medio de la gente y preguntaba: «Quién me ha tocado el manto?».

Los discípulos le contestaban:

«Ves cómo te apretuja la gente y preguntas: "Quién me ha tocado?"».

Él seguía mirando alrededor, para ver a la que había hecho esto. La mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que le había ocurrido, se le echó a los pies y le confesó toda la verdad.

Él le dice:

«Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda curada de tu enfermedad».

Todavía estaba hablando, cuando llegaron de casa del jefe de la sinagoga para decirle:

«Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al maestro?».

Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga:

«No temas; basta que tengas fe».

No permitió que lo acompañara nadie, más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Llegan a casa del jefe de la sinagoga y encuentra el alboroto de los que lloraban y se lamentaban a gritos y después de entrar les dijo:

«¿Qué estrépito y qué lloros son estos? La niña no está muerta; está dormida».

Se reían de él. Pero él los echó fuera a todos y, con el padre y la madre de la niña y sus acompañantes, entró donde estaba la niña, la cogió de la mano y le dijo: «Talitha qumi» (que significa: «Contigo hablo, niña, levántate»).

La niña se levantó inmediatamente y echó a andar; tenía doce años. Y quedaron fuera de sí llenos de estupor.

Les insistió en que nadie se enterase; y les dijo que dieran de comer a la niña.

Reflexión del Evangelio de hoy

El autor de la Carta a los Hebreos busca fidelidad en el seguimiento de Cristo. Para lograrlo, hace la comparación del atleta y el estadio donde compite. Así como el atleta se despoja de cuanto le estorba, el cristiano debería despojarse de todo pecado. Los animadores del cristiano son los que le han dado ejemplo y estímulo en el seguimiento. Y, por último, Jesús es quien conduce la carrera de la fe y quien nos estimula con su presencia.

En el relato evangélico, dos milagros intercalados: mientras se dirige hacia la casa de Jairo para curar –y finalmente volver a la vida- a su hija, la hemorroísa se acercará a él y, tocando su manto, quedará sana.

Jairo y la Hemorroísa

Dos personas en busca de Jesús, en busca de Dios. ¿Búsqueda teologal o necesidad pura y dura? Probablemente ambas cosas mezcladas con muchas más, Un hombre y una mujer, prototipos de hombres y mujeres de todos los tiempos. Curiosamente, la mujer lleva doce años enferma, y la niña, la hija de Jairo, muere a los doce años. Como si esos doce años fueran, simbólicamente, el tiempo de toda una vida. Los dos acuden a Jesús en busca de lo mismo, aunque sus formas sean bien distintas. La mujer, por su enfermedad, se considera “impura” y, en cuanto tal, obligada a no contagiar a nadie su presunta “impureza”. Por eso se acerca a Jesús a escondidas, motivada por su fe un tanto mágica pero suficiente para saber que con sólo rozarle podría encontrar la curación. Y así fue. Jairo es distinto y busca a Jesús a cara descubierta, rogándole su intervención. Y su atrevimiento, motivado por la fe y por su desesperación en los medios humanos, consigue de Jesús la vuelta a la vida de su hija.

“No temas. Basta que tengas fe”

Jairo acude a Jesús porque tiene fe, pero una fe todavía imperfecta, que le impide ver claro que Jesús sea un Dios de vivos aunque su hija haya muerto. La Hemorroísa tiene fe, pero tan imperfecta que no se atreve a ir a Jesús de frente aunque sabe que puede conseguir aquello que busca y necesita. Pero, fe compatible con el milagro. Más todavía, fe alabada por el Señor. Pensemos en las dificultades que aquella mujer tuvo que solventar para dar el paso que dio y llegar hasta donde llegó, cuando una ley injusta la obligaba a no acercarse a nadie. Y a Jairo, todo un jefe de la sinagoga de Cafarnaún, no le importó aparecer ante los judíos como creyente en Jesús, teniendo más tarde que no hacer caso de “delicadezas mortales” que le aconsejaban “no molestar más al Maestro, porque tu hija ha muerto”. Y Jairo se acerca con Jesús a su casa y el milagro se realiza.

Fe es la certeza que tenían Jairo y la Hemorroísa de que Jesús, Dios, estaba cerca, al lado. Jesús hoy nos dice que lo fundamental de la fe cristiana es: “No temas, basta que tengas fe”. Basta que para ti, Dios sea, no un padre, sino el Padre, tu Padre. Y que te encuentres con él para que, si quedaban dudas, compruebes que ejerce como tal. Fe es dejar que el Señor nos roce, permitirle acercarse a nuestra casa por más plañideras que intenten impedirlo, para poder ser amados, curados, liberados y empezar, como resucitados, una vida nueva. Después, como para Jairo, la Hemorroísa y Santa Águeda, nos resultará más fácil dar testimonio de lo vivido, recoger su testigo y amar, curar, liberar y procurar una vida nueva a cuantos la tengan deteriorada.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Santa Águeda

Virgen y mártir

Sicilia, siglo III

El culto de esta famosísima mártir se difundió desde Sicilia por todo el Oriente cristiano, por el Norte de África y llegó a Roma, donde se le dedicaron numerosas iglesias, una de ellas por el propio San Gregorio Magno (3 de septiembre), y se la inscribió en la lista de mártires del canon de la misa, volando así su nombre y su fama también a todos los países en donde el Misal Romano ha llegado a estar vigente.

Desgraciadamente sus actas no son anteriores a la segunda mitad del siglo V y han podido por ello ser catalogadas como un romance del gusto medieval más apto para la edificación piadosa que para la noticia histórica.

Los datos seguros, que nadie discute, son muy pocos: que existió históricamente, que fue virgen y mártir, y que fue martirizada por la fe muriendo el 5 de febrero; todas las posibilidades apuntan que fue el año 251 en el imperio de Decio, siendo menos atendibles las indicaciones respecto a su martirio en tiempo de Diocleciano a comienzos del siglo IV. Su nacimiento se lo discuten Catania y Palermo, sin que sobre ello haya datos para concluir, pero su martirio tuvo lugar en Catania, donde su tumba tuvo veneración secular.[...]

Siguiendo la narración de las actas diríamos que esta joven, de rica e ilustre familia, habiendo decidido desde su adolescencia consagrarse a Cristo, triunfó de todas las tentativas de hacerla contraer matrimonio y perder su virginidad. Quintiano, un varón consular, llevado de la lujuria y la avaricia, la deseó y pensó que podría vencer la resistencia de la joven. Al no conseguirlo, aprovechó la persecución desatada contra los cristianos para mandar su arresto y hacerla comparecer ante sí en Catania. Viéndose ella en las manos de los perseguidores, se encomendó a Cristo el Señor, único dueño de su corazón, y le pidió la gracia de poder vencer en la gran batalla que se le avecinaba. Por primera providencia se la envió a una casa de prostitución, llevada por una mujer de duro corazón, que intentó seducir y pervertir a la joven. Como ella se mantuviera firme en su fe y en su virtud, compareció nuevamente ante el juez, y tuvo lugar este diálogo:

Juez: ¿De qué condición eres?

Águeda: Soy de condición libre y de familia noble, como lo prueba la condición de todos mis parientes.

Juez. Si eres libre y noble ¿por qué llevas la baja vida de una esclava?

Águeda: Yo soy esclava de Cristo, y por esto de condición servil.

Juez: Si tú fueses de verdad libre y noble, no te abajarías a tomar el nombre de esclava.

Águeda: La nobleza suprema consiste en ser esclavos de Cristo.

A los pocos días hubo un nuevo interrogatorio, en el que la virgen confesora de la fe volvió a dar un alto testimonio de Cristo y de fe y amor a él. Entonces el juez decidió que fuese atormentada: extendida sobre un caballete fue azotada, y cuando ya los azotes habían desgarrado su frágil cuerpo se aplicó fuego a las heridas. La virgen aguantó con heroica firmeza el tormento, y esta fortaleza no hizo sino irritar aún más al tirano, que mandó entonces le fuesen cortados los pechos, mereciendo que la virgen le increpara por esta afrenta a su dignidad femenina, afrenta que solamente se le podía hacer si el juez olvidaba que de los pechos de su madre se había alimentado de pequeño. Seguidamente, su ensangrentado cuerpo, todo él lleno de heridas y quemaduras y mutilado en su feminidad, fue arrojado a un calabozo, donde la joven entró en oración y puso de nuevo su confianza en el Señor. Tuvo lugar entonces la aparición de San Pedro y la curación de la malherida.

El milagro no impresiona al juez, que la interroga de nuevo, le hace nuevas propuestas de abandonar el cristianismo y recibe nuevas negativas de la santa mártir. Entonces manda que se llene de cascotes de cristal y carbones encendidos el suelo del calabozo y que sobre ellos se tienda a la santa. La desnudan y la tienden, pero entonces un terremoto hace que caiga sobre los verdugos el techo y que la propia ciudad de Catania se convenga toda por el temblor de tierra. Águeda da gracias a Dios por haberle sido fiel y haberle guardado la castidad de su cuerpo y expira en las manos de Dios.

José Luis Repetto